



Domingo II de Cuaresma 2013

En el primer domingo de Cuaresma pudimos contemplar a Jesús tentado por Satanás en la soledad del desierto. Allí fue puesta a prueba la fe de Jesús en su condición de Hijo de Dios: *"Si eres Hijo de Dios..."*, le cuestionó por dos veces el tentador (Lc 4, 3. 9) En este segundo domingo, el Padre acredita con su propia voz a Jesús como su Hijo y nos le manifiesta transfigurado, reflejando de forma visible la gloria del Dios invisible (cf. Col 1,15. Por ello, en el camino hacia la Pascua, la transfiguración de Jesús es anuncio y anticipación de su resurrección.

El relato de la transfiguración va precedido de forma inmediata en el Evangelio de Lucas, igual que en Mateo y Marcos, del anuncio de la muerte y resurrección de Jesús (Lc 9,22) y de la enseñanza sobre las condiciones para seguirle: *Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga*"(Lc 9,23). Y esta exhortación a tomar la cruz había sido puesta por Jesús en referencia a la meta de la participación con él en la gloria del Padre. En este contexto había terminado Jesús anunciando además *"que hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios"* (Lc 9, 27).

La relación entre estos anuncios y su cumplimiento en la transfiguración viene indicada por la forma en que Lucas enlaza ambos relatos diciendo: *Unos ocho días después de estas palabras, tomó a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña para orar*" (Lc 9, 28).

Al igual que Moisés subió al Sinaí con tres compañeros *"y vieron al Dios de Israel"* en su gloria (Ex 24, 1-2. 9-11), así también Jesús sube al monte. Pero aquí es Jesús mismo el que recibe la gloria de Dios, el que va a ser contemplado por los discípulos como aquel al que el Padre proclama su Hijo, el Elegido, el amado.

Al monte de la **transfiguración** Jesús lleva sólo a tres de los Doce, a sus más íntimos, que estarán con él también en la hora de su **"des-figuración"** en la oración en el Huerto de los olivos, en la víspera de la pasión (cf. Mt 26, 36-46). Han sido elegidos para que puedan llegar a ser sus testigos; más aún, los testigos por excelencia: Pedro se describe como *"testigo de los padecimientos de Cristo y partícipe de su gloria"* (cf. 1 Pe 5, 1); y dio su testimonio asegurando que *"no nos fundábamos en fábulas fantásticas cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino en que habíamos sido testigos oculares de su grandeza. Porque él recibió de Dios Padre honor y gloria cuando desde la sublime Gloria se le transmitió aquella voz: Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido'. Y esta misma voz, transmitida desde el cielo, es la que nosotros oímos estando con él en la montaña sagrada"* (2 Pe 1, 16-18). Santiago y



Juan, por su parte, beberán el cáliz de Jesús (cf. Mt 20, 22-23) y serán bautizados con su bautismo de muerte (cf. Mc 10, 38-39), es decir, serán testigos hasta el martirio.

Y Jesús los lleva consigo **a orar**. Lucas es el evangelista que más insiste en la oración de Jesús en los momentos decisivos: en el bautismo en el Jordán, cuando el Padre y el Espíritu le acreditan para la misión (cf. Lc 3, 21); antes de elegir a los Doce (cf. Lc 6, 12-13); y en el momento ya referido de la aceptación de la pasión, en obediencia a la voluntad del Padre, en el huerto de los olivos (cf. Lc 22, 39-46). Y también la transfiguración es presentada por Lucas en un tiempo de oración de Jesús; es un acontecimiento de oración, que se realiza en el misterio de su coloquio personalísimo con el Padre: *“Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor”*. La oración es para Jesús espacio de acogida en sí de la Presencia de Dios. Presencia que se manifiesta en los signos de la luz, la nube y la palabra, y que es santidad y vida divina, capaz de transfigurar a aquel que acepta acogerla radicalmente en su propia vida.

En la cima del monte, identificado por la tradición cristiana con el Tabor, Jesús *“se transfiguró”* (Mt 17, 2), sufrió un cambio de forma en las vestiduras y en el cuerpo. En el Sinaí, Moisés le había pedido a Dios ver la gloria de su rostro, pero sólo había podido divisar *“su espalda”* (cf. Ex 33, 19-23). Elías había subido al mismo monte para ver al Señor, pero lo había percibido sólo en *“el susurro de una brisa suave”* (cf. 1 Re 19, 12). Efectivamente, nadie puede ver el rostro de Dios y quedar con vida (cf. Ex 33, 20): *“A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer”* (Jn 1, 18). Y ahora Moisés y Elías contemplan finalmente aquel rostro de Dios que tanto habían deseado. Y cuando Jesús resplandece con la gloria de Dios, su comunión con Dios se difunde luminosamente a su alrededor: Moisés y Elías, representantes de los santos de la primera alianza, se unen a Pedro, Santiago y Juan, primicias de los santos de la nueva alianza. Todos ellos, en torno a Jesús, testimonian la única esperanza de comunión.

Los evangelistas intentan balbucear algo acerca de las señales de la transfiguración de Jesús: Mateo dice que *“su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz”* (17, 2); Marcos los describe como *“vestidos... de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo”* (cf. Mc 9, 3); Lucas no puede explicar en qué consistió el cambio de aspecto del rostro de Jesús y se limita a decir que *“sus vestidos brillaban de resplandor”* (cf. Lc 9, 29). El hecho es que los discípulos contemplaron un rostro de Jesús de aspecto distinto al cotidiano, luminoso, transfigurado por una acción que sólo podía venir de Dios. Algo de la gloria de Dios resplandeció en Jesús, en la medida en que los discípulos podían apreciarlo. El “cambio” del rostro de Jesús le hace reflejar de forma indecible el rostro invisible de Dios (cf. Jn 1, 18); y este rostro transfigurado expresa también la forma en que cada uno de los *“justos brillarán como el sol en el reino de su Padre”* (Mt 13, 43). Por ello, en nuestro camino cuaresmal hacia la Pascua, la transfiguración de Jesús es también anuncio de nuestra futura resurrección.



La oración en el Tabor es también comunicación de Dios a Jesús por medio de su conversación con Moisés y Elías, que personifican la Ley y los Profetas, es decir, las Escrituras del Antiguo Testamento. En efecto, la oración de Jesús es esencialmente escucha de la Palabra de Dios contenida en las Escrituras, escucha que se convierte en coloquio con los principales testigos, que ya viven en Dios. En esta oración encuentra Jesús la confirmación de su propio camino hacia la pasión, muerte y resurrección, y lo asume en continuidad con la historia de la salvación operada por Dios a favor de su pueblo. Esta es la razón por la que Moisés y Elías hablan con Jesús de su nuevo éxodo de este mundo al Padre, es decir, *“de su muerte, que iba a consumir en Jerusalén”* (Lc 9, 31). Y no es casualidad que poco después se insista en este nuevo anuncio de Jesús a sus discípulos: *“Meteos bien en los oídos estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres”* (Lc 9, 44); y tampoco es casual que el evangelista escriba: *“Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de caminar a Jerusalén”* (Lc 9, 51), para vivir lo que en la oración confirmó que era su misión.

“Pedro y sus compañeros se caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él” (Lc 9, 32). Mas esta experiencia extraordinaria, que sucede como fruto de la gracia de permanecer vigilantes, dura un momento. La transfiguración de Jesús es anticipación de la comunión de vida con Dios que espera a todos los hombres en el Reino; es primicia del mundo colocado plenamente bajo el signo de la belleza de Dios; pero es sólo eso, una primicia.

Mientras Pedro, sin saber en realidad lo que dice, pide a Jesús que se prolongue tal experiencia construyendo tres tiendas, la Nube de la Presencia de Dios (cf. Ex 13, 21-11; 16, 10, etc.) los envuelve y de ella viene una voz que proclama: **“Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo”**. En estas palabras resuena el eco del gran mandamiento entregado a Israel: *“Escucha, Israel”* (Dt 6, 4); y aquel mandamiento se expresa ahora en esta nueva forma: **Escuchad al Hijo**, la Palabra hecha carne en Jesús (cf. Jn 1, 14), el hombre en el que las Escrituras encuentran su cumplimiento (cf. Mt 5, 17). En efecto, los discípulos comprenden que en Jesús se resume y realiza toda la Palabra de Dios contenida en las Escrituras (Lc 24, 25-17. 44-45). Ahora la escucha de Dios mismo es escucha de Jesús, el Hijo, la Palabra viva de Dios. Por eso **“después de oírse la voz, se encontró Jesús solo”** (Lc 9, 36). La Ley y los Profetas ceden el lugar a Jesús después de haber dado testimonio sobre él; ahora hablan por medio de él. Es él, Jesús, el que ha manifestado en verdad quién es Dios y lo ha convertido en buena noticia para todos los hombres.

La Iglesia nos invita hoy a entrar en el camino de Jesús hacia la Pascua obedeciendo la voz del Padre que nos manda escuchar la Palabra de su Hijo y vivir de ella. Primero necesitamos encontrar a Jesús solo y guardar en silencio su Palabra en nuestro corazón. Después llegará el momento de dar testimonio de lo experimentado en la relación con él en el monte, como lo hizo Pedro (cf. 2 Pe 1, 16-18; Mc 9,9).



Carlos López Hernández

Y la misma Palabra de Jesús nos ayuda a seguir su camino sin error: evitando que nuestra búsqueda de Dios sea la proyección de nuestros deseos, que nos llevaría a una imagen falsa de él; y garantizando el seguimiento de Jesús según las Escrituras, interpretadas con la luz de su Espíritu; es decir, el Espíritu nos guía para reconocer y confesar a Jesús al escuchar, meditar y orar la Palabra contenida en las Escrituras y ponerla por obra con la fatiga cotidiana de la obediencia, en la forma que corresponde a nuestra vocación personal al seguimiento de Cristo.

El Santo Padre ha sido recibido con un gran aplauso y, antes de empezar su breve meditación, ha correspondido diciendo : “Gracias, muchas gracias”. Después, ha comentado el evangelio de esta segundo domingo de Cuaresma: el relato de la Transfiguración del Señor.

“El evangelista Lucas - ha dicho- pone especial atención al hecho de que Jesús se transfiguró mientras oraba: la suya es una experiencia profunda de relación con el Padre en una suerte de retiro espiritual que vive en un monte alto en compañía de Pedro, Santiago y Juan, los tres discípulos siempre presentes en los momentos de la manifestación divina del Maestro. El Señor, que poco antes había predicho su muerte y resurrección, ofrece a sus discípulos una anticipación de su gloria. Y también en la Transfiguración, como en el bautismo, se oye la voz del Padre celestial: "Este es mi Hijo, el elegido, escuchadle" . La presencia de Moisés y Elías, que representan la Ley y los Profetas de la Antigua Alianza, es muy significativa: toda la historia de la Alianza se orienta hacia Él, el Cristo, que lleva a cabo un nuevo "éxodo": no hacia la tierra prometida como en los tiempos de Moisés, sino hacia el Cielo. La intervención de Pedro: "Maestro, que bien estamos aquí" representa el intento imposible de detener esta experiencia mística. San Agustín dice: "Pedro... en la montaña tenía a Cristo como alimento del alma. ¿Por qué iba a bajar para volver a los trabajos y a los dolores, mientras allí estaba lleno de sentimientos de amor santo hacia Dios y que, por lo tanto, le inspiraban una conducta santa? “.

“Si meditamos en este pasaje del Evangelio - ha proseguido- notamos una enseñanza muy importante. En primer lugar, la primacía de la oración, sin la cual todo el compromiso del apostolado y de la caridad se reduce a activismo. En Cuaresma, aprendemos a dar su debido tiempo a la oración, tanto personal como comunitaria, que da aliento a nuestra vida espiritual. Además, la oración no es aislarse del mundo y de sus contradicciones, como en el Tabor hubiera querido hacer Pedro; al contrario, la oración reconduce al camino, a la acción. “La existencia cristiana -como he escrito en el Mensaje para esta Cuaresma- consiste en un continuo subir al monte del encuentro con Dios para después volver a bajar, trayendo el amor y la fuerza que derivan de éste, a fin de servir a nuestros hermanos y hermanas con el mismo amor de Dios”.



Carlos López Hernández

“Esta Palabra de Dios la siento especialmente dirigida a mí, en este momento de mi vida. El Señor me ha llamado a "subir al monte", para dedicarme aún más a la oración y a la meditación. Pero esto no significa abandonar la Iglesia; en efecto, si Dios me pide esto es sólo para que yo pueda seguir sirviéndola con la misma dedicación y el mismo amor con que he intentado hacerlo hasta ahora, pero de una manera más adecuada para mi edad y para mis fuerzas. Invoquemos la intercesión de la Virgen María: ¡Que nos ayude a seguir siempre al Señor Jesús en la oración y en la caridad laboriosa!”.

Después de rezar el Ángelus, en los saludos en las diversas lenguas, el Papa ha dado nuevamente las gracias a todos por haberle manifestado en estos días su cercanía y tenerlo presente en sus oraciones y ha añadido: “Demos también gracias a Dios por este sol que tenemos hoy”, ya que en Roma, contrariamente a lo previsto, no llovía.

Después, dirigiéndose a los peregrinos polacos ha reafirmado que en el monte Tabor, Cristo “reveló a sus discípulos el esplendor de su divinidad, dándoles la certeza de que , a través del sufrimiento y la cruz se puede alcanzar la resurrección. Tenemos que percibir siempre su presencia, su gloria y su divinidad en la vida de la Iglesia, en la contemplación y en los acontecimientos de todos los días”.

Al final, hablando a los numerosos italianos procedentes de diversas diócesis de la península, se ha despedido diciendo: “Gracias, de nuevo. Siempre estaremos cerca en la oración”.